



DE MOJADOS AL RÍO

TEXTO
Francheska Melendez
FOTOGRAFÍAS
Ben Roberts

Son escasos los visitantes al vasto bosque tropical interior de Surinam debido al difícil acceso y, gracias a ello, el entorno se conserva intacto en su mayor parte. Y, sin embargo, a través del paisaje, serpentean los ríos más importantes de Surinam, que ofrecen unas vistas privilegiadas de su exuberante flora y fauna.



En un instante, Romario Arekepoeng salta vestido al río, desde la proa de la canoa. Metido hasta la cintura en la corriente de las aguas cristalinas, utiliza como palanca una roca medio sumergida para impulsar el barco hacia un rápido del río, antes de volver a bordo en un salto acrobático.

La facilidad con la que Romario realiza esta secuencia de movimientos va en contra del peso y la velocidad de nuestra embarcación de madera de más de seis metros de largo, cargada con provisiones para cuatro días de expedición a través de la densa selva. Romario tiene solo 17 años, pero su voluntad ya iguala el nombre del río que navegamos, el Palumeu, que significa «espíritu fuerte» en wayana, la lengua de la tribu amerindia del mismo nombre que ha habitado tradicionalmente este territorio.

Al principio de nuestro viaje en canoa, me había colocado la mochila sobre los hombros a la sombra de un árbol de *walaba*, con sus enredaderas colgantes de flores rojo púrpura y un hervidero de insectos atraídos por el néctar.

Ahora estamos en un río que discurre a través de los bosques tropicales primigenios de Surinam, un pequeño país situado en la

costa hacia el noreste de América del Sur. Históricamente, su población se ha concentrado en la costa alrededor de su capital Paramaribo, y la selva interior permaneció inalterada a pesar de las incursiones de exploradores extranjeros en el siglo XIX.

En solo dos horas, habíamos llegado en un avión de seis plazas desde Paramaribo, a la pista de aterrizaje cercana al pueblo de Palumeu. El lugar ideal para el inicio de nuestro viaje en canoa hacia Kasikasima: una montaña de granito a 65 kilómetros de la frontera con Brasil.

Somos nueve en el viaje al campamento base en la cascada de Sawaniboto, incluidos miembros de las tribus tiriyo, wayana y arahuaca. En la proa, los hermanos Romario y Rudams, y el primo de ambos, Aneri, guían la canoa. Detrás de ellos van sentados el guía, Julius Van Trom, y el cocinero, Ramesh Toetoe. Al mando, el capitán Lucien Mellia maneja el motor. Delante de él, el primero de a bordo, Raymijio Merian.

Se acerca el final de una estación que ha durado más de lo acostumbrado y, con niveles bajos de agua, el trayecto será lento. La tripulación se comunica entre sí con una serie de señales y silbidos, de modo



Según un informe de 2020 de la Organización para la Alimentación y la Agricultura de la ONU, el 97,4 por ciento de Surinam está cubierto de bosque, es el país con mayor superficie selvática. Al no haber carreteras, lo más normal es viajar en canoa por ríos como el Palumeu (págs. 56–57

y arriba, superior), cuya fuente está en las montañas Tumuk Humak en la frontera con Brasil. Durante las estaciones lluviosas, son frecuentes las rápidas subidas del nivel del agua y las inundaciones, y en la época seca, los bancos de arena y las aguas someras obligan a transportar la canoa a hombros (arriba).

Surinam es hábitat de muchas especies de plantas. El árbol de ceiba, conocido aquí como *kankantri* (derecha), es de hoja caduca y produce fibras flotadoras e impermeables que los indígenas utilizan para fabricar chalecos salvavidas, aislamientos

y ropa de cama. El caimán (derecha, abajo) puede alcanzar los cuatro metros y medio, y en Surinam se suelen encontrar en zonas pantanosas. Págs. 60–61: los cambiantes niveles del agua y las fuertes corrientes del río Palumeu crean sinuosos meandros y curvas en el curso del río.

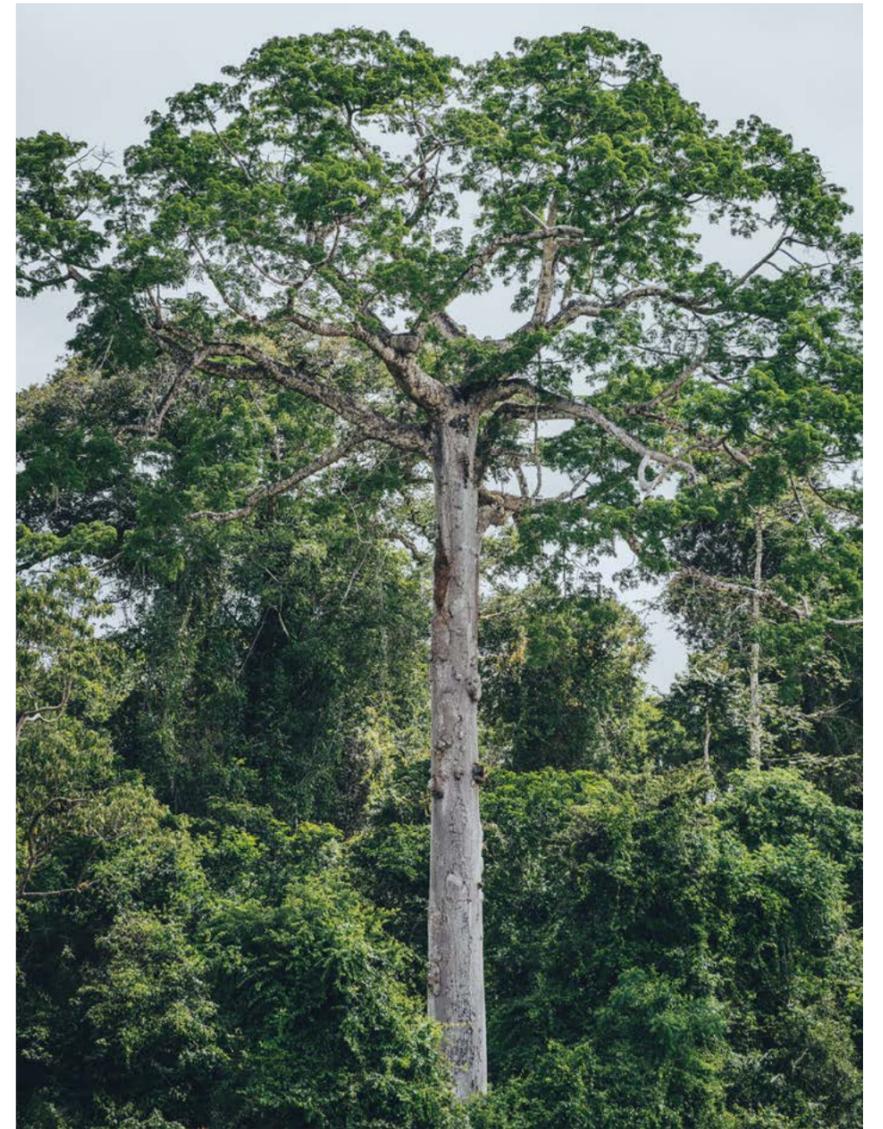
eficiente y dinámico, sobre todo cuando nos acercamos a los rápidos y todos los hombres saltan al agua al mismo tiempo, para encauzar la canoa río arriba.

Este repentino frenesí de actividad me recuerda una idea en el libro *El viaje salvaje* de la escritora holandesa y afrosurinamesa Tessa Leuwsha que detalla un viaje que ella y su esposo realizaron a través de los ríos de Surinam. Leuwsha acuñó el término «cowboy de río» para describir la filosofía que la pareja adoptó mientras viajaba, trazando un paralelismo entre la vida en el salvaje Oeste y la experiencia de navegar por estos ríos. «Para mí, cowboy es el tipo de persona que vive una vida libre, que no está atado a nada. Y que prefiere guiarse por su propia intuición», explica.

Agradezco la metáfora de Leuwsha. Los «cowboys de río» aprovechan la fuerza del agua, luchando con la canoa contra los rápidos rocosos y sumergiéndose en el Palumeu para capturar bagres con sus manos (la pesca se asará después en una hoguera para la cena). Los peces hacha plateados saltan fuera del agua, deslizándose por la superficie del río. Una familia de nutrias gigantes nos observa con curiosidad. Un roedor capibara se escabulle desde la orilla entre las plantas *mokomoko*. En un momento dado, el capitán Lucien reduce el ritmo de la canoa al máximo, ha visto un caimán (derecha) sobre una roca.

Río arriba, el árbol de ceiba plateado, conocido localmente como el *kankantri* (derecha, arriba), se eleva al cielo. Los indígenas creen que estos árboles son el hogar de los espíritus benignos, y está prohibido talarlos. Pueden crecer hasta más de 70 metros, y son los árboles más altos de la selva amazónica.

Después de pasar dos días en el río, llegamos al campamento base. Desde aquí nos dirigiremos a la montaña Kasikasima a través de 16 kilómetros de jungla tropical.





Tras un buen descanso, me despierto antes del amanecer, el bosque a mi alrededor está lleno de vida. Desde mi hamaca, cierro los ojos para escuchar mejor la orquesta de ranas arbóreas, cigarras y pájaros que señalan la inminente llegada del día. De repente, un sonido nuevo, un ronco rugido, emana entre los árboles al otro lado del río. Bajo de la hamaca y tomo un pronunciado descenso hacia la orilla del agua para lavarme, vigilante de la orilla de enfrente.

Más tarde, mientras nos damos un festín de trozos de papaya de un naranja brillante en el comedor al aire libre del campamento, le pregunto a nuestro guía, Julius, sobre el sonido que escuché. «Eso era un jaguar», dice sonriendo al ver mi expresión. «Es un sonido intenso», se une el capitán Lucien imitando el rugido del jaguar.

TODOS LOS HOMBRES SALTAN AL AGUA AL MISMO TIEMPO PARA ENCAUZAR LA CANOA RÍO ARRIBA

«Cuidado —advierte Julius en broma, señalando hacia el río—, si te escuchas, vendrá, los jaguares son buenos nadadores».

De camino por la ruta, me siento a la vez segura y sorprendida cuando vislumbro a Raymijio delante del grupo con una escopeta al hombro. Los hombres iban en silencio excepto para hacer reclamos a monos y aves. Con gran precisión, avistan y disparan a un pavo maraíl de plumaje verde oliva que revoloteaba entre las copas de los árboles. Raymijio corta una rama de palmera y se sienta en el tronco de un árbol para trenzar sus hojas, que luego llevará a la espalda para transportar las aves cazadas.

A través de las ramas, veo un pájaro de pico de oro que emite un sonido agudo, seguido de un bramido en un tono más bajo, «¿Has oído eso? —dice Julius—. Es el tucán pidiendo lluvia».

Nos detenemos cerca de un arroyo arenoso para inspeccionar dos tipos de



En sentido horario desde arriba, izquierda: el gallito de las rocas es un pájaro nativo de las zonas montañosas, conocido por su llamativa cresta que, en el macho, casi tapa el pico por completo; el mono araña es vital para diseminar semillas; la garza blanca grande

es una especie nativa de Surinam, y migratoria en países como Noruega, las Seychelles y Suecia. Página contigua, la montaña Kasikasima es un *inselberg* de granito. Ofrece un entorno inalterado donde prospera la flora y la fauna que se adapta a la geografía rocosa.

huellas de animales. El tapir, de la familia de los rinocerontes, puede llegar a pesar 300 kilos, ha venido aquí para beber y también ha estado un jaguar. Antes de que pudiera empezar a preocuparme, Julius me distrae para señalar la rica diversidad de plantas alrededor. Hay enredaderas leñosas, llamadas lianas, que se pueden utilizar para tratar la fiebre; la palma espinosa *mumu* se utiliza para los tejados de las casas tradicionales wayana; y el árbol «teléfono» utilizado como sistema SOS, porque al golpearlo produce un sonido audible a través de 20 kilómetros de densa selva.

Cuando nos acercamos a la base de Kasikasima, el terreno cambia, y la erosión revela peñascos de granito. Aquí vemos el gallito de las rocas (arriba, izquierda), un ave espectacular del género *cotinga*, cuyos machos tienen un plumaje en vibrantes tonos amarillo y naranja.

Ascendemos una cuesta pronunciada, pero la cubierta vegetal es tan densa que solo vemos la luz atravesar el follaje cuando llegamos a una de las plataformas de granito de Kasikasima. Tras la difícil escalada, sorprende encontrarse con la inmensa panorámica de la jungla. Desde la altura, el espesor de las copas de los árboles parece una alfombra de esmeraldas, extendiéndose en todas las direcciones, limitada solo por un cielo resplandeciente.

Miro a los «cowboys del río» y compruebo que están tan embelesados como yo ante las vistas. Es el primer viaje de Romario a Kasikasima. Observar el terreno desde este promontorio parece agudizar nuestros sentidos e induce a la contemplación. Con el beneplácito de los espíritus, estamos aquí, conscientes del largo camino que hemos recorrido y entusiasmados por el que nos queda por delante. ❖



Para más información, escanee el código QR y lea el contenido exclusivo en Magazine Extra en www.patek.com/es/proprietarios

